
GLOSARIO TECNICO

(Tomado del "Boletín Clínico" de Medellín, No 3. Agosto de 1932).

Hemos vacilado mucho antes de poner estos apuntes en manos de nuestros distinguidos discípulos, los entusiastas directores de *Boletín Clínico*. Nos ha asaltado el temor de aparecer como exóticos en medio del numeroso grupo de profesionales que colaboran en esta nueva publicación, llamada a perdurar por la calidad de los iniciadores y por el selecto personal de quienes están empeñados en su triunfo. Al fin nos hemos decidido a publicar este modesto ensayo lexicológico, no sin haber obtenido previamente la venia de amigos cuyo concepto nos es muy apreciable por la sinceridad y por su alta competencia científica.

Escribir conforme a las normas del lenguaje, que es decir sin cometer faltas de sintaxis, lexicología, etc., es uno de los indicios más ciertos de una educación esmerada y correcta.

Desde que empezamos nuestros estudios secundarios y profesionales nos dimos cuenta de la deficiencia que hay entre nosotros en punto de tecnología; y cada día que pasa se observa que va acrecentándose la inclinación de cuantos escriben sobre asuntos científicos, de acogerse a los glosarios extranjeros, especialmente a los franceses e ingleses, sin caer en la cuenta de que si en aquellas lenguas, como es bien notorio, se apela siempre al griego y al latín para la formación de los vocablos que los progresos de las ciencias van imponiendo como necesarios, lo propio puede hacerse y debemos hacer entre nosotros, sin tratar de deformar la índole de nuestro idioma, ya que poseemos reglas bastante precisas para la formación de nuevas palabras.

Comunmente se cree—y esta opinión es compartida aún por personas de calidad—que el español carece de la facilidad necesaria para la formación de términos científicos y hasta hemos oído decir que la ciencia no habla español. Nada más reñido con la verdad que este concepto. Lo que sucede frecuentemente es que nuestros textos de enseñanza y las obras de consulta nos vienen en idiomas extranjeros o en pésimas traducciones; y como casi nunca nos preocupamos por hacer el debido cotejo de los términos y mucho menos por consultar el léxico de nuestra lengua, resulta que a poco nos vamos contentando con entender mal que bien lo que leemos y tanto profesores como alumnos

nos habituamos a las mayores barbaridades como cosas perfectamente aceptables. De todo ello resulta que el lenguaje científico va siendo intolerable aún para los oídos menos exigentes.

Para corroborar este concepto hacemos nuéstras las siguientes apreciaciones del ilustre polígrafo Menéndez y Pelayo cuando se refiere al prurito que tenemos de creer que nuestro idioma no es apto para los giros científicos. En el prólogo a la obra de Fitzmaurice Kelly, al insistir en que se debe hablar de la ciencia española, dice:

“Insisto tanto en esta materia, no porque deje de comprender que en una historia literaria deben ocupar el mayor espacio las obras de arte puro, las creaciones poéticas en el más amplio sentido de la palabra, sino porque la omisión total de las restantes manifestaciones puede hacer caer a muchos en el vulgar error de suponer que nuestra literatura de los dos grandes siglos se reduce a novelas, dramas, versos líricos y libros de devoción, siendo así que no hubo materia alguna que en castellano no fuese tratada y enseñada, con más o menos acierto en cuanto a la doctrina, pero muchas veces con gallardía y desembarazo, *con un vocabulario netamente castizo que, por desgracia, hemos olvidado y sustituido por la jerga franca de las traducciones al uso.* Es cierto que este daño no puede atajarse en un día, dadas nuestra secular postración y creciente abatimiento; pero algo podría remediarse si nuestros hombres de ciencia, cuya educación hoy por hoy no puede menos de ser exranjera, interpolasen sus arduas labores con el recreo y curiosidad de nuestros libros viejos (como ya comienzan a hacerlo algunos), pues suponiendo que nada tuvieran que aprender en cuanto a la materia, aprenderían por lo menos los nombres castellanos de muchas cosas, y quizás se animasen a imitar aquella manera llana, viva y familiar de nuestros antiguos prosistas, que hace agradable aún para el profano, libros que por su contenido no lo serían en modo alguno. Y esto se aplica, no sólo a los libros graves de ciencias o artes, sino a los de apariencias más frívolas, a los de juegos, ejercicios y deportes, caballerescos y populares, como la equitación, la esgrima, la caza y hasta el baile. En todos estos géneros, tiene la lengua castellana preciosidades”.

Asimismo se equivocan de medio a medio cuantos creen que en los diccionarios de los idiomas distintos del español se encuentran todos los términos técnicos empleados por los sabios. Lejos de eso: las Academias son muy esquivas para aceptar tales innovaciones, y no las prohíjan, sino cuando el uso se ha encargado de sancionarlas y cuando ellas corresponden a verdaderas adquisiciones hechas en el campo científico.

A menudo se nota una falta de lógica entre nuestros profesionales, que suele inducirlos a errores bien manifiestos. Vaya un ejemplo: a ninguno se le ocurre decir *apoplejia* cuando se trata de una suspensión súbita de la acción cerebral ocasionada por una hemorragia, etc.;

todos empleados correctamente el término *apoplejia*; y sin embargo, cuando lógicamente debemos decir *hemiplejia*, *paraplejia*, etc., como lo enseña el léxico castellano, voces que tienen la misma raíz griega, nos parece que hay petulancia o amaneramiento de parte de quienes hablan correctamente. Los ejemplos podrían multiplicarse a porfía.

No estando autorizados para formar dicciones a nuestro antojo, y mucho menos para enseñar errores, siquiera sean en materia considerada de poco momento, lo natural es que nos guiemos por el léxico cuando éste ha procedido según normas atendibles, pues a veces suele acoger palabras inaceptables como para sacar verdadero aquel dicho de Horacio: QUANDOQUE BONUS DORMITAT HOMERUS; o aplicar científicamente las reglas de semántica que es decir, del origen y evolución de las palabras.

Ni es de la índole de Boletín Clínico el tratar acerca de la manera cómo se enriquecen los idiomas, ni somos nosotros los llamados a menear asuntos de tanto fuste; con todo, hemos de apuntar aquí, como cosa sobrado sabida, que en la formación de nuevos vocablos lo que se romancéa de las voces latinas o griegas es el *tema*, o sea aquella parte de la palabra que no varía en los distintos casos de la declinación, excepto el nominativo del singular. Esto facilita ya la conversión de las palabras, pues los diccionarios latinos y griegos contienen por regla general el genitivo después del nominativo y el primero puede servirnos de guía al querer romancéar una palabra. Por ejemplo: de MENSMENT-IS, sale MENT-E; de ACTIO-ACTION-IS, sale ACTION y así de los demás, mudando naturalmente aquellas letras exigidas por nuestra ortografía, tales como *ph*, en *f*; *th* en *t*; *rh*, en *r*; *ae*, en *e*, etc.

Hay también reglas para la acentuación de acuerdo con la prosodia latina, mas como no es nuestro propósito entrar en disquisiciones filológicas ni nos consideramos autorizados para tan altos empeños, nos contentamos con lo expuesto y entramos a estudiar un catálogo de voces de uso más frecuente de acuerdo con las normas de semántica también usuales.

No empezaremos, sin embargo, este trabajo, sin advertir de la manera más franca y leal que está muy lejos de nuestro ánimo el mortificar a nadie. Aparte de que ya hemos doblado el cabo de las tormentas de la vida y de que a ésta no le pedimos sino nuestro derecho de ser en alguna forma útiles a la sociedad en que vivimos, no podemos considerarnos exentos de las faltas mismas que corregimos, ni estamos absolutamente seguros de andar en lo cierto en las afirmaciones que hacemos. Los idiomas son organismos vivos y como tales crecen, cambian y se multiplican maravillosamente, y quién sabe si el error de hoy, en materia de lenguaje, no ha de ser aprobado mañana? De ello hay muchos ejemplos y ya sabemos que el uso es ley y norma del lenguaje. Nos mueve únicamente el amor a lo castizo y el deseo de que

nuestros estudiantes se distinguen por la pulcritud en todo, empezando por las formas de expresión por ellos empleadas.

Por de contado que al decir estudiantes no nos referimos únicamente a los de medicina si bien es cierto que el glosario médico ocupará nuestra mayor atención; nuestras advertencias tocan a los estudiantes de las distintas facultades. Ingenieros conocemos nosotros a quienes da grima oír y los mismos seguidores de Justiniano con todo y haber sido lactada la ciencia del Derecho a los pechos del más puro clasicismo, gabachean de lo lindo cuando se echan en brazos de los traductores franceses.

También debemos advertir que estos artículos no son de controversia sino simples apostillas de aficionados y que, en consecuencia, no aceptamos polémicas en este campo y repetimos lo del conocido fabulista: "A todos, y a ninguno, mis advertencias tocan: quien las siente, se culpa; el que no, que las oiga".

Emplearemos, por ser la forma más usual y la más adecuada para la consulta, la alfabética, y tenemos pensado ocupar varios números del BOLETIN CLINICO a medida que se vayan publicando, pero no queremos desaprovechar esta primera salida y vamos a considerar un puñado de correcciones aunque no sea sino para que los lectores conozcan de una vez la índole de estas apostillas lexicológicas.

1—AMIBO.—Este es el nombre castellano del protozooario monocelular desprovisto de membrana y caracterizado por sus frecuentes cambios. Su nombre le viene del griego *amoiβé* que significa cambio. No se dice *ameba*, ni *amiba*.

2—AVERIA.—Bien puede emplearse esta palabra para designar la sífilis, cuando se desea hablar discretamente. El neologismo *avariosis* es perfectamente inútil. También puede decirse castizamente LUE (no *lues* como suelen escribirlo algunos), para designar la misma enfermedad.

3—BARBOTER—en francés, se traduce en castellano con dos verbos a falta de uno: BORBOLLAR y BORBOLLEAR. Por consiguiente, no hay por qué emplear el galicado *barbotaje* pues basta apelar al castizo barbolleo cuando se quiere indicar la operación de extraer e inyectar alternativamente el líquido raquídeo.

4—CLAPOTAGE—es una cruda adaptación del francés con que todavía nos hieren los oídos cuando se trata del ruido producido por el líquido que permanece en el estómago. Si en castellano tenemos la palabra chapoteo, que es sonar el agua batida por los pies o por las manos, castiza hasta no más y bien decidora por cierto, por su onomatopeya, por qué nos empeñamos en aclimatar aquel galicismo?

5—DEDIL—según nuestro léxico, es cada una de las fundas de cuero o de otra materia, que se pone en los dedos para que no se *lastimen* o *manchen* en ciertos trabajos o para ciertos fines. Poseyendo,

pues, este vocablo, qué empeño tenemos en decir *dedo de guante*, cuando sabemos además que los guantes no tienen dedos sino forros?

6—DRENAR y DRENAJE—son galicismos innecesarios porque nosotros tenemos los verbos AVENAR, ENCAÑAR, DESAGUAR y los susantivos avenamiento, encañado, desagüe que son castizos y apropiados más que los nombres gabachos.

7—EQUIMOSIS—Este es el nombre español de la mancha lívida en la piel que resulta de la sufusión de la sangre a consecuencia de un golpe, de una ligadura fuerte o de otra causa. No debe decirse *equimosis*. Las palabras que proceden del griego *chumós*, que quiere decir zumo, son graves y la Academia haría bien en uniformar las palabras endosmosis, exosmosis y osmosis para evitar confusiones.

8—EPISTAXIS—Este vocablo y los demás relativos a la anatomía y a la medicina derivados del griego y terminados en *is*, conservan la forma grave. No debe decirse *epistaxis*. En cuanto al género, debe recordarse que la Academia ha sentado como regla general la de que tienen género femenino todas las enfermedades y masculino todos los términos anatómicos. Ejemplo, el uréter, la tabes.

9—ESFACELO—o mejor *Esfácelo* es la parte de tejido gangrenado que se desprende. Dicen mal los que acordándose de hidrocele, que tiene otra raíz, emplean el término *esfacele*.

10—*Esporogonía*, *Esquizogonía* y demás palabras que contengan la partícula *gonos* que significa generación, deben llevar el acento en la *i* lo mismo que teogonía, cosmogonía, etc.

11—EXOFTALMIA no es palabra castellana ni la necesitamos. El síntoma que se manifiesta por la propulsión de los ojos y que suele hallarse en el bocio y en los tumores cerebrales se llama en español OJOS SALTONES.

12—*Hemólisis* y todos los vocablos que contienen la partícula griega *luisis* que significa disolución, separación, deben acentuarse como esdrújulos. En la pronunciación de dichos términos suele haber una falta de lógica bien manifiesta, pues a nadie se le ha ocurrido decir *dialisis* y sin embargo, cuando enseñamos que debe decirse *Hemólisis*, *Hidrólisis*, *Electrólisis*, *Plasmólisis*, etc., vemos dibujarse en los semblantes del rostro de muchos oyentes cierta sonrisilla como de quien se pregunta: ¿amaneramiento tenemos?

13—*Hemóstasis* y los derivados que terminan en *stasis*, de *stao*, partícula que en griego significa permanecer, son siempre esdrújulos. De manera que se dirá también *Metástasis*, *Hipóstasis*, etc.

14—MANDRIL, reza nuestro léxico, es vástago de madera, metal, etc., que introducido en ciertos instrumentos huecos, sirve para facilitar la penetración de estos en determinadas cavidades. Si, pues, tenemos este vocablo de cirugía, por qué empleamos el término netamente francés *mandri* que significa lo mismo?

15—*Pitecántropo* y no *pitecantropo* es como debe pronunciarse el nombre dado al supuesto hombre fócil del período terciario con que metió tanto ruido Dubois, pero cuya existencia ha sido infirmada por los más graves antropologistas. La misma grafía debe aplicarse a las demás palabras que contengan la terminación griega *anthropos* que significa hombre tales como misántropo, filántropo, etc.

16—*Parénquima* y no *parenquima* es como acentúa la Academia. Asimismo debe decirse prosénquima, colénquima, esclerénquima, etc.

17—PROGNATO, se dice de la persona que tiene salientes las mandíbulas. PROGNATISMO es la cualidad de prognato. No hay que decir *proñatismo* que es una mala adaptación del francés.

18—*Prótesis*—esdrújulo y no *protesis* es el procedimiento mediante el cual se repara artificialmente la falta de un órgano o parte de él. Igual acentuación deben llevar las voces que contienen la terminación *tesis* el griego *thesis* que significa posición, tales como síntesis, antítesis, etc.

19—SACUDIDA, BRUSCA-IRREGULAR y no *saccadé*, a la francesa, es como debe llamarse la respiración que se escucha en los comienzos de la tuberculosis pulmonar. En la terminología de la auscultación todavía oímos emplear expresiones netamente gabachas a pesar y despecho de un siglo de haberse adaptado toda aquella terminología al español de pura ley.

20—*Scandé*—que es un vocablo francés se aplica todavía a la voz ESCANDIDA o PREMIOSA o ESCANSION. Escandir es en español medir el verso, y voz escandida o premiosa o escansión es aquella que se observa en aquellos individuos que han padecido alteraciones del lenguaje y cuya pronunciación es lenta y como separando las sílabas, que es lo que se llama escandir el verso.

21—*Síndrome* y no *sindromo*, ni *sindroma* es como deben decir hoy todos los que han puesto un tantico de atención a la terminología técnica. Nosotros creemos que lógicamente debería decirse *síndromo*, porque igual terminación tienen las voces terminadas en *dromo*, procedente del griego *dromos* que significa carrera, curso, tales como *Pródromo*, *Aeródromo*, *Hipódromo*, *Velódromo*, etc.

22—SOBREHILADO, SOBREHILO, SOBRECOSIDO, SOBRECOSTURA. He ahí un buen número de voces adecuadas todas ellas para significar la costura que consiste en unir dos telas de manera que las asas del hilo pasen por encima de los bordes. No será por falta de términos sino por capricho o por deseo de gabachear por lo que todavía oímos decir *surjete* y *surjet*.

23—SURMENAJE—Este es otro voquible que no han podido traducir muchos de los que escriben. Sin embargo, los que han tenido cuentas con el diccionario de nuestra lengua saben que existe el verbo reflexivo AJETREARSE, que es de la más pura cepa castiza y que sig-

nifica fatigarse con algún trabajo o yendo y viniendo de una a otra parte y que AJETREO es acción de ajetrearse. Y pensar que hay literatos que emplean muy campantes el término *surmenados* y otros por el mismo jaez!

24.—*Táctil*, palabra grave con tilde en la *a* por terminar en consonante que no es *n* ni *s* es como debe llamarse sensibilidad que se refiere al tacto y no *tactil*, aguda como generalmente se oye decir.

25.—TROCAR, sin tilde y por consiguiente agudo, es el instrumento de cirugía que consiste en un punzón con punta de tres aristas cortantes, revestido de una cánula. Y se dice TROCAR y no *trócar* por ser palabra de origen francés que significa tres cuartos (*troisquarts*). Quien lo dude puede consultar un diccionario etimológico.

26.—TUMEFACCION o TUMOR son palabras castizas. No vemos por qué haya necesidad de aclimatar un neologismo tan inútil y tan disgustante como *tumoración*.

27.—TURGENTE, en legítimo español es abultado, elevado y se aplica al humor que produce hinchazón. TURGIDO tiene igual significado y TURGENCIA es la cualidad de turgente. Por qué, pues, nos empeñamos en decir *turgescencia*? No será por mero prurito de afrancesar?

28.—UREA, con acento en la *u* pero sin tilde porque es palabra llana disílaba y no *uréa* es el nombre de la substancia nitrogenada que se encuentra en la orina y cuya abundancia en la sangre constituye la UREMIA.

29.—*Uréter* y no *uretero* es el nombre castizo de cada uno de los conductos por donde desciende la orina de los riñones a la vejiga.

30.—*VERGETURE* oímos decir todavía para significar las rayas al principio rojas y después blancas o nacaradas, que tienen un aspecto cictricial y que se encuentran en la piel sometida a una distensión exagerada. Creemos que no hay para qué emplear este término netamente francés y que es preferible usar la palabra VIBICES, del latín *víbex-icis* que significa cardenal que deja el azote en la piel.

Emilio ROBLEDO

